

## ESTUDIO PRELIMINAR

### **José Santos Zelaya y Rubén Darío, una alianza fugaz en la perdurable Nicaragua neocolonial (1896 - 1911)**

En 1896, Rubén Darío (1867-1916) inició su correspondencia con José Santos Zelaya (1853-1919), quien, después de haber encabezado la revolución liberal del once de julio de 1893 y de haber sido proclamado presidente de Nicaragua por la misma Asamblea Constituyente que redactó la constitución conocida como “la libérrima”, derivó con rapidez hacia el autoritarismo, derogó la constitución, se reeligió en 1899, y promulgó una nueva constitución que le permitió permanecer en el poder hasta 1909, cuando un sector de los liberales abandonados por él, apoyado por los conservadores, se levantó en la costa atlántica y lo obligó a renunciar y a exiliarse.

Esa correspondencia fue el desencadenante y el sustento de una prolongada relación organizada en torno de una compartida confianza en las posibilidades de la palabra escrita y entramada en estrategias de poder basadas sobre circunstanciales alianzas y perdurables rencores, en proyectos políticos que se convirtieron en utopías irrealizables o se diluyeron sin transcendencia, y en éxitos literarios acompañados de profundas frustraciones personales.

La relación influyó de manera decisiva en la particular y parcial construcción de Nicaragua que Darío publicó en Madrid, en 1909, con el título *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*, en la que la evocación selectiva de su breve regreso de 1907, entretejida con citas eruditas e inclusiones de poemas, oculta la antigüedad y provecho de su vinculación con el presidente, cuyo elogio se propone.

Fue una relación propia de las naciones neocoloniales que conforman América Latina, en las que la capacidad de decisión política es más ilusoria que eficiente, más hecha de condecoraciones y fugaces honores que de realizaciones concretas. La tensión interna de estas sociedades integradas por burguesías consulares, masas doblegadas y etnias explotadas, ha sido indagada por la novelística del realismo mágico y también por las novelas históricas latinoamericanas, que suelen destacar lo esencial del devenir periférico, mediante subrayados efectistas contruidos con omisiones, exageraciones y anacronismos.



En este caso, la infrecuente documentación textual producida por la excepcional importancia de Rubén Darío, facilita imaginar la trama de una novela, como acaba de confirmarlo *La puerta de los mares*, publicada en el 2002, que recrea la historia del mito del canal interoceánico entre 1894 y 1916, a partir de la relación entre Darío y Zelaya. Fue escrita por el nicaragüense Francisco Mayorga, cuya condición simultánea de financista, actor, cantante, catedrático, analista y aspirante a la presidencia de Nicaragua, ejemplifica la dimensión latinoamericana a la que pertenecieron Darío, poeta y diplomático, o Zelaya, general, presidente y escritor.

# I. LA GÉNESIS DE LA ALIANZA

*Yo no había tratado nunca al general Zelaya. Le conocía por la prensa, por los elogios de sus partidarios de Nicaragua y por los denuestos de sus enemigos emigrados.*

Rubén Darío, que había publicado sus primeros versos antes de cumplir los trece años de edad, en el diario *El termómetro*, dirigido por José Dolores Gámez, tenía veintiséis años en 1893, cuando regresó a Nicaragua, después de haber asistido, en Madrid, a los festejos del cuarto centenario del descubrimiento de América, en calidad de secretario de la delegación nicaragüense, cargo para el que había sido designado por el presidente conservador Roberto Sacasa (1889-1893), que fue reemplazado por Zelaya. En su tierra, se enteró de la muerte de su primera esposa, se casó con Rosario Emelina Murillo y partió para El Salvador. Allí recibió, en abril, el nombramiento de cónsul general de Colombia en Buenos Aires, hacia donde se dirigió dando un rodeo por Nueva York y París. No regresó a Nicaragua hasta octubre de 1907, cuando conoció personalmente a Zelaya, disfrutó los honores de muchos y en especial del Presidente, de quien todavía se recuerda el excepcional envío del vagón presidencial para trasladarlo desde Corinto a Managua.

En 1893 Gámez, cuyo padre había establecido, a mediados del siglo diecinueve, una de las primeras plantaciones de café en las sierras de Managua, donde también tenía su plantación José María Zelaya, el padre de José Santos, y que era un convencido y consecuente liberal, es decir un creyente en la vinculación entre modernidad y progreso, en las bondades del sistema republicano y en la necesidad de la independencia y libertad de los pueblos, le abrió a Zelaya las puertas de su partido, lo convirtió en caudillo e incidió para que fuese proclamado, en el centro liberal de León, presidente de la Junta de Gobierno. Se inició así una

prolongada colaboración política durante la cual este dirigente, que, como Mitre en Buenos Aires y tantos otros en América Latina, era también historiador, fue ministro, diputado y diplomático. Su liberalismo, resentido por la creciente inconsecuencia de Zelaya, quebró la relación política, aunque, por lo menos de su parte, no la afectiva.

Si bien en *El viaje a Nicaragua* Darío transcribe y glosa reiteradamente la *Historia de Nicaragua* de Gámez, el poeta no le perdonó su distanciamiento de Zelaya. Lo reconoce como uno de los más firmes sostenedores de las ideas liberales en Centroamérica, pero subraya su radicalismo, su intransigencia, y "un vago relampagueo de jacobinismo", lo que, en el contexto ideológico que entonces los Estados Unidos querían imponer en Centroamérica y el Caribe, no constituía una acusación menor.

A mediados de 1894 entró en vigencia la constitución de 1893. Poco menos de un año después, el bloqueo británico a Corinto y la incautación de su aduana para obligar el pago de los perjuicios económicos sufridos por sus súbditos, le dio a Zelaya oportunidad de derogarla con el objeto de cumplir su propósito de incrementar el poder del ejecutivo, y de preparar la manera de perpetuarse en él. Desde entonces pudo disponer de los recursos naturales, la tierra inclusive, o legislar por decreto durante los recesos del Congreso, en la seguridad de que, abolido el principio de no reelección, contaría con muchos años para llevar a cabo sus proyectos.

La firma de un acuerdo de indemnización, sobre cuya base los ingleses se retiraron de Corinto, no retrotrajo la política interna de Zelaya a su inicial liberalismo y la ocupación, un episodio no vinculable a una política de Gran Bretaña en la región, fue convertida por los Estados Unidos en evidencia del peligro que implicaban eventuales futuros ataques a la zona caribeña por parte de Gran Bretaña, Francia o Alemania, un peligro menos real que su creciente necesidad de mejorar la comunicación entre sus puertos del Atlántico y la costa del Pacífico, adonde la frontera interior había llegado hacía más de cincuenta años. Con estos argumentos comenzó a prepararse la aceptación de lo que constituyó la política de "palo duro" de Theodore Roosevelt —quien asumió la presidencia en 1903 y la conservó hasta 1909—, de dramáticas consecuencias para Nicaragua y el resto de las naciones centroamericanas, ya que dificultó aún más sus intentos de ingresar de forma estable en la economía internacional, y consecuentemente en la modernidad, a través del desarrollo de sus actividades agroexportadoras.

Intervencionismo militar, presión diplomática y penetración económica a través del control de los medios de transporte y de la progresiva adquisición de los recursos naturales, le evidenciaron a Zelaya la inope-



rancia de su acumulación de poder, y la inviabilidad de sus proyectos, que se le fueron agotando; sólo reaccionó buscando situaciones que le permitiesen convertir en efectiva esa acumulación, y tratando de acallar a sus opositores a cualquier costo.

En *El viaje a Nicaragua*, Darío no introdujo ninguna observación que matizase su panegírico a Zelaya; alaba los principios liberales, silencia sus medidas autoritarias, algunas de las cuales presenta como infundios y confunde el forzado sometimiento con la aceptación popular. Sin embargo, los temas centrales de la Nicaragua contemporánea sólo están minimizados o acallados por precaución o postergados ante otros que, por su mayor cercanía a los intereses del autor, le resultan de exposición más inmediata para un texto periodístico: el canal interoceánico, el unionismo.

## II. LIBERALES Y CONSERVADORES EN LA NICARAGUA AGROEXPORTADORA

*el antiguo antagonismo entre conservadores y liberales, o, peor aún, los odios entre la parte oriental y occidental del país, entre Granada y León.*

Cuando Zelaya asumió, predominaba en Nicaragua y en Centroamérica la voluntad de estimular, mediante un estado republicano, la modernización de la sociedad sobre la base de la inserción en la economía internacional. Asumió como un general incorporado a la política "liberal", aunque esta denominación, tomada de la historia política y económica de naciones centrales, formaba parte de un orden dual —conservadores y liberales— que pretendía identificar sectores protagónicos en el prolongado devenir de relaciones interpersonales e interfamiliares, concretadas en alianzas e intereses comunes, no siempre consecuentes con los rótulos adoptados.

La denominación "liberal" incluía vinculaciones o filiaciones con la ciudad de León, fundada a comienzos del siglo dieciséis, centro cultural y político relevante durante el período colonial, y capital del país hasta 1855, cuando se fundó Managua para disminuir sus tensiones con la ciudad de Granada, de igual antigüedad y menor incidencia en el mundo colonial, que se mostraba como el centro de la política conservadora.

León, en cuya iglesia fue bautizado Rubén Darío, se definía por su intelectualidad y sus profesionales, de entre los cuales Zelaya eligió a sus colaboradores en el gobierno, casi todos ellos, al igual que el propio presidente, vinculados a la producción y exportación de café y, en menor medida, de otros productos menos incidentes en el comercio internacional. Estos pequeños y medianos productores y comerciantes operaban en conjunto con inmigrantes recientes, en especial alemanes, que, por

haber llegado con algún capital y haber recibido facilidades crediticias, se convirtieron en productores de mayor importancia, tuvieron creciente peso en la comercialización, debido a sus mejores vinculaciones internacionales, y se incorporaron a la financiación de las exportaciones en alianza con los capitalistas ingleses que operaban el banco creado en 1888.

León articulaba los intereses que trabajaban para la integración vertical, es decir el control único del cultivo, procesamiento, transporte y comercialización, del café y del resto de los productos nicaragüenses destinados al mercado internacional.

Granada, centro del partido conservador, agrupaba los intereses de los grandes terratenientes de tradición colonial, productores extensos de ganado y de cacao, maíz, frijoles y tubérculos, para el mercado nacional, centroamericano y eventualmente latinoamericano, y también importadores desplazados del comercio exportador y la actividad financiera debido a la progresiva inserción del café en el mercado internacional por la creciente presencia extranjera, que usufructuaba a sus mejores vinculaciones internacionales. A partir de la sanción de la constitución de 1858, que consolidó el pacto oligárquico, estuvieron ligados a Granada los presidentes conservadores, que afianzaron su alianza con el grupo ganadero y cerealero de León, incorporando como ministros a algunos de sus miembros.

## III. EL CAFÉ Y LA INSERCIÓN INTERNACIONAL DE NICARAGUA

*me partí a una "hacienda" de café situada en las cercanías sierras. Y allí gocé de espectáculos tan solamente encontrables en esas tierras lujuriantes y solares.*

El creciente consumo del café, sobre todo en los Estados Unidos, frente al té, monopolizado por Gran Bretaña, produjo un fuerte incremento de su demanda internacional, que permitió el ingreso de América Central en la economía mundial.

Cuando asumió Zelaya, en Nicaragua, que se había incorporado a su producción más tarde que el resto de América Central, a pesar de que el café había sido introducido en Jinotepe desde La Habana, en 1840, su grano constituía, ya desde hacía unos veinte años, el principal producto de exportación, seguido por el banano y la caña de azúcar, y generaba más del setenta por ciento de los ingresos de una economía que, salvo durante las primeras décadas del siglo, importaba más de lo que exportaba.

Dos tercios de la producción se enviaban hacia Europa y el resto hacia los Estados Unidos, desde donde provenía la mayor parte de las importaciones, consistentes en bienes de consumo, textiles y productos



de la industria metalmecánica para los ferrocarriles y el procesamiento del café.

A fines del siglo diecinueve, en los actuales departamentos nicaragüenses de Nueva Segovia, Jinotega, Matagalpa, León o Managua, las amplias y elevadas fincas de las haciendas cafeteras, protegían de la selva circundante a los secaderos donde se beneficiaba y depositaba el grano, cosechado principalmente por los indígenas, de los cafetos arábigos, en sus variedades "typica" y, más tarde, "borbón" y "maragogipe", que crecían protegidos por las altas musáceas: bananos, plátanos y guineos.

Aunque el cultivo del café tuvo su primera expansión a fines de la década de 1850 en las alturas relativamente bajas de la Meseta de Carazo y las sierras de Managua, donde predominaron las fincas grandes, el cultivo para la exportación se localizó en el territorio montañoso del norte central, departamentos de Matagalpa, Jinotega y Nueva Segovia; en algunas zonas, como en Masaya, predominaron las fincas pequeñas hacia 1910.

#### IV. ZELAYA Y LA TRADICIONAL COACCIÓN SOBRE EL INDÍGENA

*vi de nuevo en la alegría aldeana las figuras de bronce  
viviente de las indias graciosas y hacendosas [...] llevan  
con garbo sus cestas a los mercados o tiangués, y tornan  
a su vivir rústico, edénico*

El crecimiento de la demanda internacional del café, que el gobierno consideraba ilimitado, hizo que se hiciese pasar el eje de la modernización por la conversión en cafetera de la economía tradicional, lo que implicó aumentar la oferta de mano de obra, incorporar tierras baldías o de aprovechamiento por economías cerradas, crear sistemas de comunicación funcionales para volúmenes crecientes de exportación e internalizar en algunos productores la conveniencia del nuevo monocultivo.

La escasa población de Nicaragua, inferior a los cinco habitantes por kilómetro cuadrado, estaba constituida, en mayor proporción que en los otros países centroamericanos, por indígenas de economía autosuficiente y desvinculados del mercado laboral.

Zelaya continuó la política de coacción sobre los indígenas llevada adelante por los presidentes conservadores que lo precedieron, con la doble finalidad de obtener, mediante su desalojo, las tierras que aprovechaban de manera comunitaria y convertir a los desalojados en mano de obra de las haciendas cafetaleras, lo que provocó la aniquilación de gran parte de las comunidades indígenas, aunque las muy variadas formas de

resistencia, que iban desde la reiterada destrucción de las cercas, hasta la alianza con los conservadores, atenuó sus consecuencias y aun permitió, en 1924, la recuperación de algunas comunidades.

El presidente Joaquín Chamorro (1875-1879) privatizó las tierras comunales que resultaban útiles para el cultivo del café, y obligó al trabajo dependiente mediante una ley de persecución de la vagancia. Zavala (1879-1883) aceleró la expropiación y reclutó coercitivamente a los indígenas, lo que derivó en la Guerra de las Comunidades, desatada en 1881, que, aunque reprimida con rapidez, originó un perdurable movimiento de resistencia e hizo más profundo el enfrentamiento entre indígenas y ladinos.

La venta de tierras públicas, pagaderas con títulos de la deuda interna, y el ingreso al mercado de las tierras eclesiásticas, que en Nicaragua eran escasas en comparación con el resto de América Central, no satisfizo la creciente demanda de tierras fértiles y bien comunicadas. A comienzos del siglo veinte, el precio inicial se duplicó y, sobre todo en los departamentos centrales del norte, crecieron los conflictos entre los ladinos que denunciaban ciertas tierras como baldías, y los indígenas que estaban en uso de las mismas.

En 1906, Zelaya fue aún más implacable, ya que promulgó la extinción de las comunidades y la obligación de distribuir la mitad de las tierras entre las familias de cada comunidad, y de poner a la venta la otra mitad, para que pudiese ser adquirida por los ladinos. Las consecuencias de esta disposición fueron diversas según las regiones, ya que no todas las tierras comunales eran aptas para el cultivo del café y en algunas partes existían tierras baldías, eclesiásticas o de propiedad privada que podían incorporarse al cultivo.

Para asegurar la disponibilidad de mano de obra estacional que la cosecha requería y para mantener bajo su costo, Zelaya impulsó el sistema de "enganche" que consistía en el anticipo de salarios a los indígenas, que se comprometían a devolverlo con trabajo, con lo que perdían su libertad. Con esto se legalizó la tendencia a sustentar la rentabilidad de las haciendas, instaladas en tierras baratas o apropiadas, con la casi gratuidad de la mano de obra indígena, que los dueños ya venían logrando mediante la instalación de "ratas", negocios de aprovisionamiento obligatorio para los trabajadores, en los que sólo se compraba con monedas llamadas "contraseñas" o "fichas", emitidas por las mismas haciendas cafetaleras, o azucareras y también por los establecimientos mineros.

Estas formas de pago quedaban incluidas en un muy reciente y todavía muy imperfecto desarrollo monetario, en que los granos de cacao, llamado "chilacate", se mantuvieron como circulante hasta la época de Zelaya, junto con el abundante uso de las monedas extranjeras y aun lo-



cales, como los "guacamoles" o "chancheros", emitidos por el Banco Agrícola Mercantil fundado en la ciudad de León en 1888.

A pesar de la violencia de estas medidas y de una política simultánea de captación de inmigrantes, relativamente ineficaz, la disponibilidad laboral nunca fue suficiente, lo que afectó la cantidad y calidad de lo producido, ya que la poda de los cafetos y la recolección de "entresaque", para obtener sólo los granos maduros, únicamente pudieron aplicarse en las regiones centrales de cultivo, debido a su gran requerimiento de mano de obra.

Chamorro inició la construcción de las vías de comunicación requeridas por la inserción en la economía internacional, con el establecimiento, en 1876, de la primera línea telegráfica, cuya red se centró en Managua, y con el comienzo de la construcción del ferrocarril, en 1878, destinado a vincular las ciudades del Pacífico con el puerto de Corinto, que terminó Zelaya. Estas obras redujeron la cantidad de trabajadores disponibles para el cultivo del café.

Aunque la mejor promoción del cultivo del café era su rentabilidad, y aunque su acelerada expansión reconocía causas complejas, el interés por expandir la economía en poco tiempo hizo que Zelaya estimulase su cultivo mediante el establecimiento de premios, y la distribución de almácigos y publicaciones didácticas.

A pesar del alto costo social de casi todas estas medidas, desde comienzos del siglo veinte, fue creciendo el descontento por la política de "modernización" llevada a cabo por Zelaya, que se consideraba débil porque no mejoraba la inserción internacional del café nicaragüense en la dimensión esperada. Esta visión parcial de la economía nacional, tan confiada en el café como en las casi mágicas consecuencias del inasible canal interoceánico, debilitó a los liberales, que comenzaron sus críticas a Zelaya, aumentó el poder relativo de los conservadores de Granada y devolvió a todos las expectativas favorables al cambio político, que se justificaba más por el desgaste de Zelaya, debido a su excesiva perduración en el cargo, que por las reales posibilidades de cambio estructural que habilitaría. Mientras tanto, el intervencionismo económico, un problema central, quedaba oculto o voluntariamente ignorado: entre 1906 y 1909 la economía minera también fue totalmente controlada por el capital estadounidense.

## V. LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA ENTRE ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA

Cuando, en abril de 1898, el republicano William McKinley (1896-1900-1901), como consecuencia inmediata de la voladura del acorazado *Maine* y de las ofensivas manifestaciones del embajador español en

Washington, envió al Congreso de los Estados Unidos, en contra de sus convicciones políticas, la declaración de guerra contra España —que comenzó el primero de mayo de 1898 y culminó en julio con la toma de Santiago de Cuba—, inició acciones militares innecesarias pero muy populares, que tuvieron repercusiones insospechadas en el desempeño internacional de los Estados Unidos y, particularmente, en su política respecto de América Central.

España, después de fracasar en sus negociaciones diplomáticas para organizar una liga de potencias europeas que impidiese la intervención de los Estados Unidos, había ofrecido concesiones de último momento que evidenciaban la conciencia de la incapacidad de sus barcos de guerra y de los doscientos mil soldados que había reunido en Cuba, cuyo origen residía en la mala conducción de sus jefes y en la falta de equipamiento y medios de transporte.

A partir de 1895, cuando José Martí levantó la bandera de la rebelión, en medio de la coyuntura negativa para Cuba, debido a la elevación de los aranceles a la importación de azúcar —una de las medidas restrictivas establecida por los Estados Unidos para paliar las consecuencias de la depresión iniciada en 1893, que se prolongó hasta 1897—, España desató una eficaz represión de creciente brutalidad, que sirvió de argumento adicional para que parte de los políticos y casi toda la opinión pública estadounidense, orientada por el periodismo interesado, se volcasen en favor de la guerra contra una colonia sometida al monopolio español, donde los capitales estadounidenses tenían invertidos cincuenta millones de dólares y con la cual el comercio anual duplicaba esa cifra.

Los cubanos exiliados se habían rebelado contra un régimen colonial sustentado en la represión de un desproporcionado ejército y en una iglesia corrupta, que dominaba la educación sin reparar el generalizado analfabetismo, mediante el cual la metrópoli empobrecía a la población y reducía la capacidad productiva de la isla con impuestos equivalentes a dos quintos de lo producido, y con un monopolio comercial que enriquecía a los españoles residentes. La finalización de la guerra, celebrada con canciones y poemas exitosos, estableció un ejército de ocupación cuyo desdén por la población cubana y en particular por la negritud, produjo rápidas resistencias.

En los Estados Unidos, la guerra y la victoria, que sirvieron para clausurar los antagonismos entre el Norte y el Sur manifestados en la Guerra Civil, no sólo provocaron euforia. Theodore Roosevelt, jefe de los *Roughriders*, regimiento de caballería voluntario por él organizado, cuyas acciones le valieron ser reconocido como un gestor indiscutible de la victoria, y contribuyeron de manera decisiva a que poco después alcanzase la presidencia, advirtió que el triunfo se debía en gran parte a la debilidad del



enemigo, ya que el Departamento de Guerra, enredado en la política interna, había mostrado poca profesionalidad, que se evidenció en la deficiente preparación de los servicios médicos y de la artillería naval.

Pronto se iniciaron acciones reparadoras, que consistieron en el incremento de las fuerzas y, en especial, de la marina de guerra, la creación de un Estado Mayor permanente y el fortalecimiento de los servicios profesionales, que incidieron de manera decisiva en el éxito bélico de los Estados Unidos durante su participación en la Primera Guerra Mundial (1917-1918).

## VI. EL IMPERIALISMO DE LOS ESTADOS UNIDOS

*alguien cuyo nombre ha sido admirado y reconocido en el mundo conforme con sus merecimientos y su autoridad universal. Quiero nombrar a Teodoro Roosevelt.*

Pero la principal consecuencia de la guerra consistió en que los Estados Unidos abandonasen de manera definitiva su inicial condición de república rural y se instalasen en el mundo como un imperio industrial urbano.

Durante la década de 1890, el ya casi terminado reparto del África y la división de la China entre las grandes potencias, que se consideraba inminente, estaban siendo presentados como éxitos del imperialismo colonialista mediante argumentaciones que coincidían en justificarlo y promoverlo aunque, según los grupos ideológicos y de interés que los producían, subrayaban la conveniencia de incorporar nuevos mercados cautivos para el creciente desarrollo industrial, su capacidad de incrementar el poder político mediante posesiones ultramarinas o el humanitario deber de expandir las ventajas que a ciertas sociedades les garantizaba la biológica superioridad del hombre blanco, en naciones que se consideraban atrasadas.

En los Estados Unidos, la recesión ocurrida entre 1893 y 1897 retrasó el avance de la política imperialista que renació a consecuencia de la victoria en la guerra con España. Pero en 1904, Roosevelt definió en el documento que se conoce como su *Corolario de la Doctrina Monroe*, la diferencia entre naciones civilizadas y no civilizadas, y especificó las funciones de estas últimas. Es posible que las no civilizadas lleguen a actuar con perfidia crónica, es decir con falta de eficiencia y honestidad "razonables", en los asuntos sociales y políticos, o bien con impotencia, que significa incapacidad para mantener el orden y cumplir con sus obligaciones, todo lo cual conduce a la pérdida general de los lazos de la sociedad. Si esto sucede, se requiere la intervención de alguna nación

civilizada, que actúe como poder de policía internacional. En el hemisferio occidental, y de acuerdo con la *Doctrina Monroe*, esta función corresponde a los Estados Unidos, aunque para hacerlo tengan que obligarse a realizar acciones no previstas ni deseadas.

El *Corolario*, por estar destinado a justificar el intervencionismo, alteró por completo la filosofía de la preservación expuesta por el presidente James Monroe (1817-1821-1825) en su mensaje anual al Congreso, de 1823, en el que estableció que los continentes americanos, en lo sucesivo, no podían quedar sujetos a colonizaciones de ninguna potencia europea, las que tampoco podían intervenir los estados americanos para oprimir o controlar de cualquier manera su destino: ambos tipos de acción serían considerados como una prueba de enemistad hacia los Estados Unidos.

El *Corolario* expresaba el pensamiento de parte importante de la dirigencia estadounidense que temía el aislamiento del país frente a las grandes potencias si no participaba de una política expansionista de lo que se fueron definiendo como valores indiscutibles; no se dudaba de la existencia de una civilización anglonorteamericana superior, caracterizada por el desarrollo económico, la educación institucional y la higiene pública, y organizada necesariamente sobre la base de la forma republicana de gobierno a la que algunos incorporaban la superioridad del cristianismo protestante.

Simultáneamente con el enunciado ideológico del control policial internacional, que el *Corolario* implica, Roosevelt inició su ejercicio práctico organizando la rebelión de Panamá, destinada a solucionar el importante problema del canal interoceánico.

## VII. ZELAYA Y SU FRUSTRADA ESPERANZA EN EL CANAL

*las negociaciones para la apertura del canal, que no pudo llevarse a cabo*

En su libro *La influencia del poder marítimo en la historia*, publicado en 1890, Alfred Thayer Mahan presentó los acontecimientos nacionales de los últimos cuarenta años en un proyecto que resultó avalado por la guerra contra España y cuya concreción, a comienzos de la segunda década del siglo veinte, contribuyó a asegurar el predominio internacional de los Estados Unidos y la realización de su política imperialista en el continente americano. Para Mahan, la influencia de los Estados Unidos quedaría garantizada con la creación de una marina operable en los dos océanos, mediante la asistencia de redes de bases navales.

El proyecto, en el que es posible reconocer la reflexión sobre la



exitosa política inglesa iniciada a fines del siglo diecisiete en competencia con el hasta entonces indiscutible predominio marítimo holandés, requería de una fluida comunicación interoceánica, imaginada desde hacía ya mucho como un canal centroamericano y evidenciada como imperiosa necesidad, durante la guerra con España, cuando el barco *Oregon* tardó sesenta y ocho días en desplazarse, por la ruta del Cabo de Hornos, desde la costa del Pacífico hasta las aguas cubanas. Subrayó esta necesidad la paz de la guerra, mediante la cual los Estados Unidos adquirieron todo el archipiélago de las Filipinas y también Puerto Rico.

Inglaterra fue la primera interesada en el canal, que en sus orígenes, durante el siglo dieciocho, era menos un proyecto que una irrealizable fantasía inspirada en la lógica de los crecientes requerimientos de la intercomunicación.

Estados Unidos empezó a involucrarse en el problema del canal cuando su ocupación territorial llegó hasta las costas del Pacífico. Para la gran mayoría de la opinión pública, esta expansión, que algunos presentaron como la primera etapa del camino a través de las islas del Pacífico hacia el "embotado cuerpo" de Asia, reiterando las líneas rectoras de la expansión política de España durante el siglo dieciséis, corroboró y reforzó la ideología del "destino manifiesto", que asimilaba la noción de progreso indefinido a la historia de un pueblo que, por su juventud, estaba eximido de los males y limitaciones padecidos por otras naciones.

Desde que Texas se separó de México, en 1836, Gran Bretaña trató de impedir que se anexase a los Estados Unidos y, cuando este intento fracasó, alentó la guerra entre México y Estados Unidos, iniciada en 1846, que terminó dos años más tarde con la incorporación de California y del territorio comprendido entre ella y Texas. De manera simultánea se produjo el inesperado descubrimiento del oro californiano.

Más al norte, la "senda" abierta por los primeros exploradores y traficantes de pieles que comunicaba la cuenca del Missouri con la del Columbia, se consolidó con la gran afluencia de pioneros y dio lugar, en 1849, a la organización del territorio de Oregon, que diez años más tarde fue reconocido como estado.

La expansión repercutió de inmediato en el problema del canal, para el que, ya en 1846, Estados Unidos trató de asegurarse una vía exclusiva, mediante un tratado con Colombia que establecía que Panamá, provincia poco controlada debido a su lejanía de Bogotá, permanecería neutral, sin ser concedida a Inglaterra, y que los estadounidenses podrían transitarla con los mismos derechos que los colombianos. El tratado permitió que, en 1850, Estados Unidos construyese un precario ferrocarril, a través del angosto pero peligroso istmo, destinado a atender las necesidades de la nueva frontera minera de California.

Por su parte, Inglaterra reforzó su ocupación de la costa atlántica, donde a su protectorado de la Mosquitia agregó, en 1848, la ocupación del pueblo de San Juan del Norte, un elemento clave para la comunicación interoceánica a través de Nicaragua. La ocupación terminó con un acuerdo de indemnización para conseguir el retiro de los ingleses y permitió que muchos políticos de los Estados Unidos reforzasen su campaña en favor de una más activa presencia en el Caribe y las Antillas —muy pronto convertida en una sucesión de intervenciones—, apoyándose en la *Doctrina Monroe* y amparados en la política de defender mediante las armas, las vidas y los intereses de sus súbditos.

La recomposición de fuerzas en torno del problema del canal, desembocó en un acuerdo de coexistencia con Gran Bretaña, que se formalizó en un tratado firmado en 1850, por el cual ambas naciones se comprometieron a no ocupar, colonizar o ejercer dominio sobre parte alguna de América Central y, en caso de construirse un canal, a controlarlo en conjunto y no fortificarlo de manera unilateral.

El descubrimiento del oro californiano, producido como consecuencia de la expansión hacia el oeste, hizo que los Estados Unidos se adueñasen del problema de la circulación interoceánica, en cuya solución compitieron diferentes alternativas e intereses para buscar la más favorable relación entre el tiempo, la capacidad de transporte y los costos del trayecto.

En buques de vela tradicionales, el viaje desde Nueva York a San Francisco, en California, por la ruta del cabo de Hornos, llevaba ciento cincuenta y nueve días, pero la premura de los buscadores hizo que se habilitasen navíos clíper, estrechos, ligeros y muy resistentes, que aunque sólo transportaban pasajeros, reducían el tiempo de viaje a noventa días.

Para competir con esta alternativa de alta velocidad y carga nula, los empresarios de los buques de vapor inauguraron con sus navíos un trayecto mixto; dos semanas de viaje por mar de Nueva York a Panamá, un difícil trayecto terrestre por el istmo, que, desde 1855, se hizo por la vía férrea que comenzó a construirse en 1850, y otras dos semanas de navegación hasta San Francisco, lo que insumía un total de treinta y cinco días de viaje.

En 1851, el empresario Cornelius Vanderbilt, después de analizar la cartografía centroamericana, advirtió que la costa occidental del lago Nicaragua, al que se podía ingresar navegando el río San Juan entre el puerto de San Juan del Norte (Greytown) y San Carlos, distaba sólo veintidós kilómetros del océano Pacífico, que podían ser franqueados por un canal entre la bahía Virginia y el puerto de San Juan del Sur. El trayecto reducía la distancia del recorrido por Panamá en mil cien kilómetros,



la duración del viaje en dos días y los costos. Para verificar la viabilidad de su ruta, constituyó la *Accessory Transit Company* y pagó al gobierno nicaragüense para recorrer en bote de vapor el río San Juan. Inauguró el servicio, que muchos recorrieron, rebajando los costos en un treinta y cinco por ciento primero y después en un setenta y cinco por ciento, respecto de los empresarios competidores de la ruta por Panamá, que recibían un fuerte subsidio del gobierno de los Estados Unidos para transportar el correo a California.

Vanderbilt, después de perder el control de la compañía, prefirió abandonar la ruta y reorientar sus buques de vapor hacia Panamá a cambio de recibir casi setecientos mil dólares al año de sus competidores; esto evidenció que, aunque los nicaragüenses habían quedado convencidos de que el canal pasaría por sus tierras, los diversos intereses estadounidenses vinculados al transporte interoceánico no operaban movidos por la búsqueda de una mayor eficiencia, que sólo algunos dirigentes continuaron buscando.

Pero la ruta nicaragüense subsistió, alentada desde los Estados Unidos y también por intereses franceses de carácter particular. A fines de la década de 1850, circulaban mapas ilustrativos del tratado firmado en Rivas, el primero de mayo de 1858, entre Felix Belly y los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica, en los que se marcaba la amplia faja de tierras costeras que tanto Nicaragua como Costa Rica entregarían a la compañía constructora.

A su vez, el presidente Ulysses S. Grant (1869-1873-1877) que, por haber conducido en 1852 hacia California, a través de Panamá, el destacamento de infantería que dirigía, dejó testimonio de "los horrores del camino en la época lluviosa", ordenó determinar la traza más adecuada para el canal, mediante estudios topográficos realizados en México, Darién, Nicaragua y Panamá. La Armada los realizó, entre 1870 y 1875, y sobre su base, la Comisión del Canal Interoceánico, nombrada por el mismo Grant, se pronunció por la ruta de Nicaragua.

Por entonces, el éxito del Canal de Suez, inaugurado en 1869, después de diez años de construcción, estimuló la irrupción en el escenario de la comunicación interoceánica, de los intereses franceses. Durante la década de 1870, la Sociedad Civil del Canal, en pocos años exploró las zonas de posible trazado, se decidió por la de Panamá, obtuvo de Colombia una concesión de largo plazo, contrató la compañía constructora e inició, en 1880, la venta de acciones a los franceses, que doce años después, ante el fracaso de la empresa, tuvieron que aceptar la pérdida de sus ahorros.

El fracaso de los intereses franceses no fue definitivo. Habían logrado realizaciones, que aunque incipientes, resultaban probatorias de la

viabilidad del canal de Panamá. El ingeniero Philippe Bunau Varilla, quien en 1894 obtuvo de Colombia una concesión para la *Compagnie Nouvelle* que lideraba, se convirtió en promotor de la ruta panameña y en activo detractor de toda otra alternativa, e inició, en 1901, una campaña de visitas a numerosas ciudades de los Estados Unidos, en la que presentó como inconvenientes superables la fiebre amarilla, que había diezariado a los trabajadores, y la inadecuada maquinaria y levantó prevenciones entre los senadores referidas a la destrucción que el volcán Momotombo podía causar en el punto homónimo, articulador importante del trayecto entre el lago Nicaragua y el océano Pacífico.

Por los mismos años William McKinley, sucesor de Grant, se interesaba en estudiar las dos rutas principales, y la Comisión del Canal Ístmico volvía a elegir la de Nicaragua.

La guerra con España, que también contribuyó a terminar con la cesión, redefinió el equilibrio de poderes en América Central y el Caribe, y aceleró el surgimiento del imperialismo de los Estados Unidos en la zona. Así lo aceptó Inglaterra, en 1901, al firmar un tratado que anulaba el de 1850 y habilitaba a los Estados Unidos a construir, conservar y controlar un canal, en tanto no se establecieran derechos de paso discriminatorios. De manera simultánea aunque extraoficial, Inglaterra reconoció la conveniencia de que los Estados Unidos actuaran como estado policía en el resto de América, con lo que Roosevelt consiguió un camino abierto a lo que se concretó en el *Corolario de la Doctrina Monroe* y en la independencia de Panamá.

En 1902, el congreso de los Estados Unidos autorizó al Presidente a que adquiriese los derechos de la compañía constructora francesa encargada de las excavaciones en Panamá, a obtener de Colombia el control perpetuo de la franja de tierra atravesada por el canal y a continuar las obras.

Por ese entonces, aunque la *Compagnie Nouvelle*, Colombia y los movimientos separatistas de Panamá, estaban involucrados en el tema del Canal, el único protagonista con capacidad decisoria eran los Estados Unidos, cuyo presidente optó por la pragmática solución de reemplazar la negociación por la imposición, con el objeto de expandir cuanto antes el control efectivo sobre el occidente del Pacífico, y asegurar así las consecuencias de la guerra con España. Adquirió la compañía en cuarenta millones de dólares, impidió que la flota colombiana interviniese en Panamá, cuyos movimientos separatistas alentó, y cuya independencia puso bajo el control estadounidense.

Pocos años después, Roosevelt sintetizó estas acciones diciendo que había logrado arrebatar Panamá a Colombia. En 1903 se estableció la independencia de Panamá, y al año siguiente comenzó la construcción



controlada por los Estados Unidos, ocho años más tarde se terminó el nuevo ferrocarril panameño y en 1913 pasó el primer buque a través del canal, que quedó abierto a la circulación un año más tarde.

Poco era lo que un presidente centroamericano podía hacer para modificar esta estructura de poder político y económico. Zelaya perseveró en el proyecto de considerar el canal como una forma instantánea de alcanzar la modernización del país, sin advertir que el consecuente sometimiento a los Estados Unidos neutralizaría la ansiada prosperidad económica. A partir del tratado de 1901, no existía otra potencia con intereses por establecer una bipolaridad de poder en el área que cuestionase la hegemonía estadounidense, como quedó demostrado por el fracaso de sus negociaciones con los británicos y los japoneses para contratar la construcción del canal en Nicaragua.

A pesar de ello, Zelaya abandonó las vías de negociación e intentó alianzas regionales para acrecentar su poder frente a Estados Unidos, en un marco de encontradas reacciones personales, que contribuyeron a incrementar su resentimiento y a esterilizar su acción política.

"Soy de los que no transigen con los americanos" afirmaría Zelaya haciendo un balance de su gestión presidencial. Al mismo tiempo reconocía que había aceptado la propuesta norteamericana de designar al estadounidense Merry, como ministro de varias naciones centroamericanas, por considerarlo amigo del país, a pesar de que, durante su anterior desempeño en San Francisco, como cónsul de Nicaragua, había sido acusado de vender patentes para que navegasen con bandera nicaragüense, barcos destinados a la trata de negros con Brasil.

#### VIII. ZELAYA Y SUS INTEMPESTIVOS PROYECTOS DE PREDOMINIO REGIONAL

*Ya que no se ha podido hacer la unión de las cinco Repúblicas centroamericanas, ¿no será posible realizar la concordia en un solo país?*

El Atlántico fue un área de circulación disputada por las naciones europeas de la modernidad y, por lo tanto, hostil para el Imperio español. En él, además de la presencia de Francia, se sucedieron los predominios de Holanda y sobre todo de Inglaterra, cuyo poder en la zona caribea perduró hasta 1901, cuando triunfó la presencia de los Estados Unidos, que, después de la primera guerra mundial, expandieron con dramática rapidez su poder económico y su control político por todos los puertos del Atlántico.

Una clave de la perduración del Imperio español consistió en abroquelarse en los puertos fortificados de las costas del Pacífico, que

trató como un mar cerrado, y en considerar al resto de los accesos ultramarinos americanos como subsidiarios de la organización conformada en torno de ellos. Centroamérica no fue una excepción, creció en las alturas del Pacífico amparada, por la distancia, de los peligros de la costa antillana. El generalizado movimiento de la emancipación política obligó a que las ciudades de mayor peso y tradición dirimiesen, al mismo tiempo que su preeminencia respecto de los restantes grupos urbanos, los límites de las nuevas naciones en un espacio en el que perduraban formas de un colonialismo territorial que ya cedía frente al imperialismo económico.

Nicaragua heredó la debilidad atlántica del Imperio español, que no pudo resolver, y dirimió conflictos limítrofes con Honduras. Estas tensiones sustentaron fugaces estrategias de poder del autoritarismo republicano de Zelaya.

Desde comienzos del siglo dieciocho, Inglaterra intentó establecerse en la costa de la Mosquitia alegando el principio de derechos adquiridos por su protectorado sobre los indios misquitos, que tenía más de un siglo, pero la tensión disminuyó mediante acuerdos con España que se concretaron en 1787. Durante la emancipación, la debilidad del nuevo gobierno facilitó que Gran Bretaña reinstalase su protectorado, en 1843, y que ocupase, cinco años más tarde, el pueblo de San Juan del Norte, que rebautizó Greytown, en la desembocadura del río del mismo nombre, desaguadero del lago Nicaragua y, en consecuencia, parte de uno de los posibles trazados del canal interoceánico. En 1860 puso condiciones para reconocer la soberanía de Nicaragua, se rechazó el fallo arbitral de Austria en 1878, y en 1894 Nicaragua recuperó la zona mediante las acciones militares, que, presentadas por Zelaya como una gesta de su anticolonialismo, apuntalaron su poder interno hasta que Inglaterra, que a comienzos del siglo había aceptado el predominio de Estados Unidos sobre Centroamérica, reconoció la soberanía nicaragüense en abril de 1905.

La costa atlántica, a cuya importancia estratégica como posible escenario del postergado canal interoceánico se agregó su puesta en valor por la expansión neocolonialista de la economía bananera de los Estados Unidos, volvió a ser un área problemática para Zelaya cuando Colombia alegó su posesión de las cercanas islas de San Andrés y Providencia, con el objeto de reclamarlas por vía diplomática, lo que inició un conflicto que se prolongó hasta 1928.

La recuperación de la Mosquitia alentó en Zelaya proyectos de predominio político regional que no eran consecuentes con el peso relativo de la economía de Nicaragua, a la que Guatemala y Costa Rica superaban en lo referido a su inserción en la economía internacional. En 1895,



trató de crear la República Mayor de Centroamérica, presentada como un instrumento eficaz para consolidar la región frente al acoso inglés y al rápido avance de los Estados Unidos, pero en realidad dirigida a constituir un bloque que equilibrase la creciente preponderancia de Guatemala y Costa Rica. En Managua se reunió, en 1898, mientras se desarrollaba en Cuba la guerra entre España y Estados Unidos, el congreso que aprobó la constitución de los entonces llamados Estados Unidos de Centroamérica, integrados por Nicaragua, Honduras y El Salvador, que fracasó en su propósito por el retiro de esta última nación, debido al golpe de estado que derrocó a su presidente.

La política unionista se convirtió en otra frustración para Zelaya, cuando Manuel Estrada Cabrera, presidente de Guatemala desde comienzos de 1898, acusó el golpe, se convirtió en su casi personal enemigo y se propuso derrocarlo, por lo que, en 1902, no asistió a las dos conferencias centroamericanas por él propiciadas y realizadas en Corinto, en las que se firmaron voluntaristas acuerdos de paz, arbitraje y amistad.

Contemporáneamente a la construcción del canal, Estados Unidos inició su expansión económica en Centroamérica. Sus inversiones en ferrocarriles, puertos del Atlántico y del Pacífico, y compañías navieras, que se orientaron en especial hacia Guatemala, Honduras y Costa Rica, pronto superaron la incidencia de las británicas.

Guatemala, donde se agregó la presencia del capital alemán en la producción y comercialización del café y en la generación de energía eléctrica, se convirtió con rapidez en el aliado centroamericano privilegiado por los Estados Unidos. Ante esta frustración, Zelaya, aunque continuó con sus intentos unionistas casi hasta el final de su gobierno, sólo atinó a elaborar e incrementar su resentimiento con los Estados Unidos y con Manuel Estrada Cabrera, que Darío expuso de manera contundente en *El viaje a Nicaragua*, donde, si bien incorpora a Guatemala en las naciones que lo beneficiaron, reconoce la superioridad regional de la cultura quiché y se explaya sobre su historia colonial, acusa a Estrada Cabrera de haber sido instrumento de los Estados Unidos y a éstos de haber instigado la revolución contra Zelaya.

Las crecientes dificultades de la economía interna contribuyeron a que Zelaya insistiese en la política exterior como una forma de cohesionar la opinión pública en torno de su persona. Trece años después de haber intervenido militarmente en Mosquitia, decidió invadir Honduras. El conflicto entre ambas naciones, originado en la decisión sobre los ríos que demarcarían la frontera, no pudo ser resuelto por la comisión mixta constituida para ello en 1901, y el laudo de Alfonso XIII, dictado a fines de 1906, fue rechazado por Nicaragua. La desesperada guerra de-

satada por la invasión, que impuso a Miguel R. Dávila como gobernador (1907-1911), a pesar de que Darío la menciona sólo como un hecho terminado, inició la decadencia final de Zelaya.

Intervinieron los Estados Unidos, acompañados por México, y se iniciaron conversaciones, en un crucero norteamericano, que terminaron en Washington, donde se redactaron tratados que debían ser suscriptos por los estados centroamericanos, en los que se creaba la Corte de Arbitraje de América Central y se limitaba todo tipo de intervencionismo entre las naciones centroamericanas, pero nada se establecía respecto de la capacidad de fiscalización de los Estados Unidos, por considerarlos amparados en la doctrina Monroe y su corolario; además, las naciones de América Central se comprometían a no reconocer ningún gobierno de la región que llegase al poder mediante golpe de estado, revolución o en contra de un gobierno electo y reconocido por los otros países.

#### IX. RUBÉN DARÍO Y SU PERDURABLE VINCULACIÓN CON ZELAYA

*Después de todo, sin la hostilidad de la Casa Blanca, Zelaya estaría aún en el Poder.*

La temporaria ocupación por Gran Bretaña del puerto de Corinto sirvió a Zelaya de excusa para derogar la "libérrima" constitución de 1893, que recogía algunas disposiciones anteriores y evidenciaba la voluntad política de alcanzar un instrumento idóneo para establecer un estado liberal que estimulase y facilitase la inserción de Nicaragua en la economía internacional, al garantizar el derecho de algunos a la propiedad y a la educación laica y gratuita, y a la seguridad individual, y también la separación de la iglesia y el estado, lo cual introdujo previsibles conflictos que culminaron con la expulsión del obispo Pereira.

Entre 1896 y 1909, mientras Darío, que a consecuencia de las muertes de Julián del Casal, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva, ocurridas entre 1893 y 1896, había quedado como único referente del nuevo movimiento literario latinoamericano, publicó libros centrales de su producción, *Prosas profanas*, de 1896, *Cantos de vida y esperanza*, de 1905; y disfrutó de un creciente reconocimiento.

Al poco tiempo de asumir Zelaya, murió Rafael Núñez, el presidente de Colombia (1885-1894), quien durante su mandato se había esforzado con éxito relativo en consolidar el control del gobierno central acosado por las irreconciliables tensiones de conservadores y liberales, que culminaron, tras años de progresivo desorden, en la guerra de los Mil Días (1899-1903), en la que los liberales fueron derrotados y Colombia



sufrió el estancamiento de su economía y la casi bancarota del gobierno. Esta debilidad facilitó el control del canal interoceánico por los Estados Unidos.

También para Darío tuvieron consecuencias negativas estos acontecimientos, ya que, debido a ellos, en 1894 Colombia suprimió su consulado en Buenos Aires; esto lo obligó a ganarse la vida como periodista, profesión que ejerció durante muchos años, aunque no abandonó su aspiración a ocupar cargos diplomáticos, que le habían permitido viajar y disponer de tiempo para conocer escritores y difundir su obra.

De inmediato consiguió el cargo de secretario del Director de Correos de la Argentina, que utilizó para volver a obtener el apoyo de Nicaragua, perdido como consecuencia del derrocamiento del presidente Roberto Sacasa; en 1896, le ofreció a Zelaya la asistencia de su nuevo empleo y le manifestó sus deseos de "servir" a Nicaragua; el Presidente le respondió prometiéndole "algún encargo" o "algún trabajo", cuando las condiciones económicas lo permitiesen.

Días después, al comunicarle la posibilidad de trasladarse a Europa como enviado de *La Nación*, el "diario de los Mitre", cuya "gloria" documenta en *El viaje a Nicaragua*, le solicitó un cargo de cónsul en alguna de las ciudades donde pensaba residir, debido a que los ingresos ofrecidos le resultaban insuficientes; la respuesta de Zelaya, que comprometió "lo que estuviese de su parte" para satisfacer la solicitud, deja ver que ya había advertido la funcionalidad para su política de promoción nacional que podía tener el creciente prestigio de Darío, "una verdadera gloria nacional".

El viaje inicialmente destinado a mostrar la situación de España después de su derrota en Cuba por los Estados Unidos, se cumplió entre diciembre de 1898 y mayo de 1900, y se materializó en crónicas que fueron primero publicadas en *La Nación* y luego reunidas en el libro *España contemporánea*, publicado en París, en 1901, con el que Darío inició el tipo de producción al que pertenece *El viaje a Nicaragua*. Sus viajes europeos continuaron por Londres, Brujas, Dunquerque y, finalmente, París, y también tuvieron como excusa la realización de crónicas periodísticas, luego reunidas en *La caravana pasa*, libro publicado en París, en 1902; pero este tipo de literatura era circunstancial y no respondía al interés central de Darío, que pretendía llevar el mensaje del nuevo movimiento poético y afirmarse en el mundo literario europeo.

Su inserción en lo europeo, postergó la crítica de Darío a los Estados Unidos, manifestada en "El triunfo de Calibán", un artículo de 1898, que denuncia la "rapacidad norteamericana" en Texas, Panamá, Centroamérica y las Antillas, y anticipa la del *Ariel* de José Enrique Rodó, publicado dos años después. Sin embargo, el hecho de que Roosevelt

optara por Panamá, en 1903, lo convirtió en un instrumento adecuado para que Zelaya, que ya reconocía a Darío como "una gloria muy legítima, no sólo para Nicaragua, sino también para las letras hispanoamericanas", cumpliera con su promesa de 1896. En marzo de 1903, lo designó cónsul de Nicaragua en París, cargo que Darío conservó hasta 1907.

De inmediato Zelaya, que recibió y agradeció "lisonjeras apreciaciones" respecto de su "conducta como gobernante", se apresuró a comunicarle a Rubén Darío que veía el asunto del canal como "perdido para Nicaragua" y que, si en ocasiones renacían las versiones de su construcción, sólo era como un argumento de los panameños para apurar decisiones políticas.

Desde entonces, falto de un proyecto y de un discurso rector, Zelaya enredó su política interior en la ampliación de sus poderes y en disputas con los conservadores, en quienes descubría intenciones de derrocar a su gobierno o, cuando menos, de entorpecer las obras destinadas a desarrollar "las múltiples riquezas que encierra nuestro territorio", cuya realización requería "la paz y la tranquilidad" de los gobernantes. Su política exterior, en cambio, quedó teñida de un infecundo resentimiento hacia los Estados Unidos, que se manifestó en acciones periféricas como la invasión a Honduras.

Debido a que la designación de Darío sólo intentaba insertar su prestigio personal en las relaciones internacionales de un país casi desconocido, pudo aprovechar su consulado para convertirse en un viajero ávido por recorrer el mundo europeo, a partir de su excepcional base parisina y de manera más extensa aunque no más intensa que hasta entonces.

En 1903 recorrió España y llegó hasta Tánger, regresó a París y, durante la primera parte de 1904, navegó el Rhin, desde Colonia hasta Maguncia, estuvo en Austria, Hungría, Venecia y Florencia. Reunió algunas de las crónicas de estos viajes en *Tierras solares*, publicado en Madrid en 1904, otro antecedente de *El viaje a Nicaragua*, en que, como siempre, los textos refieren sobre todo el deseo de dejarse sorprender por la experimentación de lo nuevo, e interrumpen la descripción con digresiones o referencias eruditas, más requeridas por las exigencias periodísticas que por las necesidades narrativas. No es allí donde se encuentra la justificación de estos viajes sino en algunas composiciones de *El canto errante*, libro publicado en Madrid en 1907, en las que estas experiencias se convierten en insumos del poema.

Entre julio y agosto de 1906, Darío estuvo en Río de Janeiro, en carácter de secretario de la delegación nicaragüense a la conferencia Panamericana. Allí compuso "Salutación del águila", que expresa una admiración por los Estados Unidos poco compatible con las denuncias de "El triunfo de Calibán", aunque la composición deja testimonio, no tanto



de su obsecuencia, como se lo reprocharon los arielistas, cuanto de su condición de miembro del servicio de relaciones exteriores de un gobierno neocolonial que trataba de explicar su relación con el expansionismo estadounidense en un texto moderado que no clausurase las expectativas respecto de un futuro distinto.

En setiembre de 1907, Darío supo que finalmente le darían la jefatura de la legación en España, lo que implicaba un no muy tentador cambio de París por Madrid. Como él mismo cuenta, pasando por los puertos de Nueva York, Colón y Panamá, llegó al de Corinto en octubre de 1907. La designación, que lo beneficiaba con la expectativa de una prolongada residencia europea, puso de manifiesto la declinación del gobierno de Zelaya, que cada vez más buscaba respaldar su poder en situaciones externas como el creciente prestigio hispanoamericano de Darío, que fue designado huésped de honor del gobierno.

Para Darío, los honores diplomáticos y literarios se acompañaron de una desafortunada evolución de su situación personal, totalmente silenciada en sus crónicas, ya que partió de Nicaragua, en abril de 1908, sin haber conseguido el divorcio de Rosario Emelina Murillo, habilitado por la ampliación de las posibilidades de divorcio establecidas por la "progresista y eficaz" ley Selva ni la anulación del matrimonio religioso, que le hubiesen permitido regularizar su situación con Francisca Sánchez, con quien vivía desde 1899.

En junio de 1908, presentó sus credenciales y en agosto, antes de quedar establecido en Madrid, publicó en *La Nación*, la primera de sus crónicas sobre Nicaragua. La vinculación diplomática con Zelaya, que renunció a fines de 1909, duró un año y medio, y puso de manifiesto el predominio de los intereses literarios y personales sobre las tareas diplomáticas.

Darío accedió a escribir la introducción de un libro de Zelaya, y llevado por la prisa en editar un texto cuyas "impresiones y juicios" esperaba que fueran del agrado del presidente, le anunció, en diciembre 1908, cuando sólo se habían publicado nueve de las once crónicas, que *El viaje a Nicaragua* estaba en prensa.

En lo personal, se ofreció a moverse "de Europa o en Europa" a la menor indicación, y también a trasladarse al Vaticano, para lo que tomó la previsión de designar un secretario ad honorem, para que la oficina no quedase "acéfala" durante sus futuras ausencias. También solicitó que el cargo de ministro residente fuese modificado a ministro plenipotenciario para que Nicaragua no ocupase, como hasta entonces, "el último lugar" en el cuerpo diplomático.

Desde el comienzo de su gestión, Darío previno a Zelaya respecto de "cualquier aviso o anónimo" que en su contra pudiese recibir, y aprovechó la visita a España de Santiago Argüello, a quien en *El viaje a Nica-*

*ragua* elogia como poeta y como fundador y sostenedor de la revista *La torre de marfil*, para convertirlo en informante del presidente, con el objeto de que recibiese información veraz sobre "su persona" y sus acciones en la legación.

También desde el comienzo solicitó aumento de su asignación mensual y aunque aceptó que no se lo concediese por falta de disponibilidad, pidió el reconocimiento de ciertos "gastos oficiales" y un depósito para atender los gastos urgentes. Más tarde las solicitudes quedaron reducidas a reclamar por sus sueldos atrasados.

Pero Darío conservó la conciencia de su falta de funcionalidad en el cargo; así lo muestra el hecho de que le manifestase a Zelaya su deseo de no ser un "ministro decorativo" y de ser probado "alguna vez" en algo que pudiese ser "positivamente útil a su gobierno", alegando el creciente interés por servir de un modo eficaz a un Presidente, cuyo agotamiento político no se le hacía evidente.

Esa conciencia se correspondía con las acciones que hasta entonces había cumplido como ministro; se había limitado a proporcionar a Zelaya semblanzas de los integrantes de la corte española, obtenidas durante la presentación de las credenciales, ocasión en la que averiguó las repercusiones del rechazo al laudo de Alfonso XIII sobre la cuestión de límites con Honduras. También comunicó extensamente una solicitud del Presidente de Guatemala, para que se gestionase la libertad de Ricardo Triqueros, preso, cuyos detalles ya eran conocidos en Guatemala, e intentó un convenio con España referido a los "paquetes postales", que Zelaya derivó al Ministro de Relaciones Exteriores.

Después de la renuncia de Zelaya, el sucesor, su ex ministro de Relaciones Exteriores, José Madriz Rodríguez (12.1909-08.1910), que también había sido compañero de colegio de Darío, quien en *El viaje a Nicaragua*, alaba su carácter y talento, y su trascendental actuación política en Centroamérica, lo conservó en su cargo, decisión que Zelaya consideró una de las pocas acertadas de su breve gobierno, y lo designó representante de Nicaragua en las celebraciones del centenario de la independencia de México.

Zelaya, que se instaló primero en Bruselas, se indignaba de que algunos lo considerasen un viejo retirado de la política, y se lamentaba de estar lejos del escenario conocido, sin el apoyo de su mujer que se había quedado con su familia en Nicaragua, al cuidado de sus intereses económicos, y de carecer de información adecuada sobre su país, que buscaba de manera afanosa. Allí comenzó una serie de acciones orientadas al utópico objetivo de incidir en la opinión pública internacional, en contra del intervencionismo estadounidense en Nicaragua y en defensa de su persona.



Sus más allegados funcionarios habían tomado rumbos personales, los amigos eran pocos y las solidaridades políticas casi inexistentes. Darío, que había quedado sinceramente obligado por los cargos obtenidos y los honores recibidos durante su breve permanencia en Nicaragua, resultó el ejecutor ideal y casi exclusivo del objetivo del ex presidente de un "paisecito" centroamericano; sólo su prestigio literario, por entonces máximo, podía protegerlo de las consecuencias políticas de tal decisión.

Durante un tiempo, Zelaya, llevado por el resentimiento, siguió intentando confrontar con Roosevelt. Sus declaraciones, bastante circunstanciales, realizadas en París y Bruselas, referidas a que la principal virtud del patriota es impedir que su país cometa injusticia con los otros y principalmente con los débiles, le parecieron propicias, para solicitar, en mayo de 1910, de la "pluma tan autorizada" de Rubén Darío, un artículo que reclamase a Roosevelt el uso de su influencia sobre el gobierno de Taft para que los Estados Unidos dejasen de apoyar la revolución en Nicaragua. Darío satisfizo la solicitud de inmediato, con un artículo publicado en el *Paris Journal*, que la ingenua ilusión de Zelaya consideró "brillante", probatorio del patriotismo de su autor y segura causa de "bastante comezón" en Roosevelt.

En 1908, Theodore Roosevelt decidió no desafiar la tradición del fracaso en la tercera reelección presidencial y eligió como sucesor a William Howard Taft, su ex Secretario de Guerra y hombre de confianza, que fue ratificado por la convención republicana y ganó las elecciones. Durante su mandato (1909-1912), Taft reemplazó la política exterior del "gran palo", propia de Roosevelt, por la "diplomacia del dólar", mediante la cual fomentó el comercio y las inversiones estadounidenses por medios diplomáticos.

En el segmento de política internacional de su mensaje al Congreso en el año 1910, Taft afirmó que la mayoría de los nicaragüenses había apoyado la revolución y que la posición de los Estados Unidos contra Zelaya, a quien calificó de "criminal internacional" por la condena y muerte de Canon y Groce, dos ciudadanos norteamericanos, fue en defensa de la vida y las propiedades de los americanos.

Zelaya, que seguía confiando en el efecto político de los textos bien escritos y fundamentados, volvió a solicitarle a Darío un artículo de protesta contra estas declaraciones, para el que le suministró el argumento de que antes de salir de Nicaragua había solicitado a Taft la designación de una comisión que examinase sus actos de gobierno para poder demostrar la legalidad y corrección de los mismos, lo que, le advertía ingenuamente, no debía ser confundido con una solicitud de intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de Nicaragua. En menos de

dos meses su solicitud se concretó en el folleto la "Refutación a Taft", redactado en castellano y con traducción al inglés y francés.

Finalmente, en noviembre de 1911, cuando ya Darío no formaba parte del servicio exterior, le solicitó que, "de la manera brillante con que usted sabe hacerlo", rectificase la noticia, según él inventada por los yanquis, que había publicado *La Nación*, de un arreglo privado suyo con el Japón.

Zelaya murió en Nueva York, tres años después que Rubén Darío, y fue enterrado en el mausoleo familiar del Cementerio de San Pedro de Managua, donde también están inhumados los restos de José Dolores Gámez de Guzmán, su viejo colaborador liberal, que, el mismo día de su renuncia al cargo de presidente, le había anunciado que su carrera pública en Nicaragua estaba terminada.

*Miguel Alberto Guérin*

Director del Instituto de Historia Americana  
Facultad de Ciencias Humanas  
Universidad Nacional de La Pampa



## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Acuña Ortega, Víctor Hugo, ed. 1993a. *Las repúblicas agroexportadoras (1870-1945)*. Madrid : Sociedad Estatal Quinto Centenario - Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. [T. 4 de *Historia General de Centroamérica*, coordinada por Edelberto Torres-Rivas].
- Acuña Ortega, Víctor Hugo, ed. 1993b. "Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930)", Acuña Ortega, ed. 1993a, 255-323.
- Anderson Imbert, Enrique. 1967. *La originalidad de Rubén Darío*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Biblioteca de Literatura.
- Barahona Portocarrero, Amaru. 1981. "Breve estudio sobre la historia contemporánea de Nicaragua", González Casanova, 377-404.
- Bethell, Leslie, ed. 1991a. *Historia de América latina. 7. América latina: economía y sociedad, c. 1870-1930* [1986]. Barcelona : Crítica.
- Bethell, Leslie, ed. 1991b. *Historia de América latina. 8. América latina: cultura y sociedad, 1830-1930* [1986]. Barcelona : Crítica.
- Calderón Quijano, José Antonio. 1944. *Belice 1663 (?) - 1821. Historia de los establecimientos británicos del río Valis hasta la independencia de Hispanoamérica*. Prólogo de Vicente Rodríguez Casad. Sevilla : Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla, V.
- Chidsey, Donald Barr. 1973. *La guerra hispano - americana. 1896-1898* [1971]. Traducción M. Covian. Barcelona - México : Grijalbo.
- Darío, Rubén. 1926. *Epistolario I. Apéndice. Cartas literarias de Miguel de Unamuno-Cartas políticas de José Santos Zelaya*. Prólogo de Alberto Ghirardo. Madrid : Biblioteca Rubén Darío [V. XIII de *Obras completas*. 1923-1929. Ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo y Andrés González Blanco].
- Darío, Rubén. 1954. *Poesías completas*. Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Madrid : Aguilar.
- Debayle, Luis H. 1933. *Homenaje a Rubén Darío* por [...] Miembro de la Academia de Medicina de París y de la Academia de la Lengua Española. Nicaragua : Imprenta Nacional.
- Faulkner, Harold Underwood. 1956. *Historia económica de los Estados Unidos* [1924]. Traducción de Aída Aisenso. Buenos Aires : Nova.
- Ghirardo, Alberto. 1943. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires : Losada.



- González Casanova, Pablo, coord. 1981. *América Latina: historia de medio siglo. 2. Centroamérica, México y el Caribe*. México - España - Argentina - Colombia : Siglo Veintiuno.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1954<sup>2</sup>. *Las corrientes literarias en la América hispánica* [1945]. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. México - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana 9.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1966<sup>11</sup>. *Historia de la cultura en la América hispánica* [1947]. México - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, Colección Popular 5.
- Jaramillo Levi, Enrique, editor. *El Canal de Panamá: origen, trauma nacional y destino*. México : Grijalbo.
- Martin, Gerald. 1991. "La literatura, la música y el arte de América Latina, 1870-1930", Bethell 1991b, 158-228.
- Posas, Mario. 1993. "La plantación bananera en Centroamérica (1870-1929)", Acuña Ortega, ed. 1993a, 111-166.
- Rodríguez, Mario. 1967. *América Central* [1965]. Traducción R. Cárdenas Barrios. México : Diana.
- Samper K., Mario. 1993. "Café, trabajo y sociedad en Centroamérica (1870-1930): una historia común y divergente", Acuña Ortega, ed. 1993a, 11-110.
- Sánchez Ramírez. 2003. "El ronco y sonoro Momotombo 'asustó' al senado de los EE.UU.", *La Prensa* (Nicaragua) n° 22991.
- Scott, William R. 1913<sup>3</sup>. *The Americans y Panama* [1912] New York : The Statler Publishing Company.
- Smith, Robert Freeman. 1991. "América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas, 1830-1930", Bethell 1991a, 73-105.
- Taracena Arriola, Arturo. 1993. "Liberalismo y poder político en Centroamérica (1870-1929)", Acuña Ortega, ed. 1993a, 167-254.
- Torres Rivas, Edelberto. 1971. *Interpretación del desarrollo social centroamericano. Procesos y estructuras de una sociedad dependiente*. Costa Rica : Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA).
- West, Martín L. 1973. *Textual Criticism and Editorial Technique Applicable to Greek and Latin Texts* by [...] Stuttgart : Teubner.